

## DISCURSO FIESTA INAUGURAL CENTENARIO

24 abril 2019

Fernando Gómez Aguilera, director de la FCM

Señoras, señores, amigas y amigos, buenas tardes en este día de fiesta y de evocación. Les damos la bienvenida.

Nos reúne hoy la conmemoración y el empuje de un siglo: los cien años del nacimiento de César Manrique o, lo que es lo mismo, de la continuidad de su obra y su legado social, el patrimonio de sus creaciones y su conciencia: de su vida. Una persistencia entre nosotros, sin duda, pero también entre tantas otras personas que no están aquí y que, a lo largo del mundo, admiran igualmente su trabajo y su implicación pública para defender una existencia más plena, más digna y más feliz, que, en su concepción del mundo y del individuo, pasaba por celebrar la naturaleza y restaurar el vínculo de equilibrio entre los seres humanos y el planeta, el equilibrio entre cada una de nuestras vidas y la vida de sus Islas.

Manrique transmitió la convicción de que la belleza era la verdad y de que la verdad era la naturaleza respetada. Compartía, pues, con Platón (*El Banquete*) que “la belleza es el esplendor de la verdad” y, como el filósofo, pensaba que la belleza conducía al bien. Belleza y verdad, estética y conciencia de lo justo, extendidas a la solidaria diversidad de la vida, iluminan su ideal de plenitud, que no desfalleció en proclamar y defender, como un apóstol de la pasión utópica.

“Para mí —manifestaba en 1975—, la rentabilidad es la rentabilidad del espíritu. Estoy harto de tanto materialismo, de tanta vulgaridad. La sociedad contemporánea lo que busca solamente es la rentabilidad urgente. El hombre tiene que volver sus ojos de nuevo a la gran verdad del equilibrio de la naturaleza, que es la única gran lección de la VIDA que tenemos delante de nosotros mismos y no sabemos aprovechar”.

En nuestra época, marcada por el sello propio de las grandes encrucijadas históricas, días en los que la amenaza del calentamiento global y el riesgo en que se encuentran los sistemas que sostienen los ciclos vitales adquieren la proporción de un desafío global severo e inaplazable, precisamos referencias lúcidas e intuitivas como la de César Manrique. Necesitamos su decidido coraje, su visionaria capacidad de anticipación, su confianza en el arte y la cultura como energías transformadoras y su alianza con las raíces de lo creado. Precisamos de su empuje y su instinto para concebir y administrar nuevas cosmovisiones, procesos de transición justos hacia modelos de convivencia estable con los recursos naturales y entre nuestra propia especie. Otra forma de ser humanos y de habitar el planeta que nos permita superar los escenarios más críticos del cambio de ciclo histórico que hoy protagonizamos y ya César advirtió hace más de 30 años, con reflexiones y advertencias hoy plenamente vigentes, confirmadas por una realidad contemporánea que ratifica su anticipada alarma:

“Nos estamos comportando como vándalos y no como seres civilizados y sensibles —amonestaba en 1983—. Estamos caminando de cabeza al holocausto que va a acabar con toda la vida humana. Nos estamos suicidando, estamos llegando a un suicidio

colectivo. La naturaleza está llegando a sus límites y nos hace falta más respeto y educación con el medio ambiente”.

Como sucedía con los poetas-soldado del Renacimiento, su ideal de plenitud compaginó, alianza y condena. Alianza con la vida, a la que dedicó su arte, una práctica social, un arte para ser compartido, para suscitar y favorecer una existencia más feliz y bella, en la que la fusión e indistinción entre cultura y naturaleza ocupaban el horizonte humano. Y, a la par, condena activa de cuantas interferencias podían frustrar esa meta, el propósito de felicidad colectiva que para César se convirtió en un credo y en un anhelo espiritual. Condena del egoísmo y la codicia, de la fealdad y la indiferencia, de la deshonestidad y la agresión en sus heterogéneas formas de alta y baja intensidad, que no tuvieron cabida en el idealismo benévolo, generoso y expresivo que practicó.

Pero si una reflexión convertida en oportuna incitación hemos de convocar hoy, es la exaltación de la alegría y el placer; la toma de conciencia del privilegio que, en la perspectiva de nuestra breve transitoriedad, representan la respiración, el cuerpo, la calidez de la compañía, el momento fugaz, la conexión con el entorno que nos rodea o aún nos espera...

César Manrique estaría hoy liderando esta fiesta, invitándoles a disfrutar de cada momento, elevando la alegría a argumento imperativo, para convertir esta tarde-noche en un recuerdo inalterable. Conmemoren sus cien años festejando la vida, sus propias vidas, con placer, con el júbilo de las ocasiones encomiables. Disfruten de los rincones de su casa, que él ha abierto para ustedes; siéntense en sus burbujas mágicas; llenen los pasillos de alegría respetuosa y sensible con el patrimonio que les acoge; tomen una copa en su piscina, que tanto entusiasmo acogió; compartan sus jardines; conversen efusivamente sobre la belleza, sobre la fuerza arrolladora del amor y la amistad. En definitiva, devuélvanle a César Manrique, en su prodigiosa casa prelógica y futurista, la alegría, el esplendor tumultuoso y el derroche de vida que él desbordó entre estas paredes, una vivienda que ha asombrado al mundo durante décadas.

Y participen a lo largo del año en la intensa y variada programación de actividades que la Fundación ha organizado para celebrar el centenario, convertido en un festival del arte, la cultura y la naturaleza. Pero también, pensado como un festival de la libertad y de la independencia, de ese privilegio y ese derecho ciudadano irrenunciable que representa la autonomía crítica de la sociedad civil frente a la insufrible arrogancia del poder viciado.

Les invitamos a que lo hagan recordando, como César Manrique observó en 1987, que “La vida es un segundo que hay que aprovechar de la manera más vital y más positiva, dándose uno cuenta de que no merece la pena vivir con terror, con amargura, sino creando amor y alegría a [nuestro] alrededor, con honradez y bondad. [Porque] ser una persona sencillamente buena es lo más importante”. Y es que, en definitiva, ciertamente, eso es lo que de verdad importa.

*Carpe Diem. Gracias. Cien años de vida.*